

y Polito la descubrió entre unos libros ar-  
rinconados en el suelo.

—¡Venga usted aquí, aquí pronto!

La tomó en brazos. Entonces se sintió  
ruido de coches y el acompasado pisoteo de  
uno de estos caballos españoles que parecen  
corceles de estatua ecuestre, trotando eter-  
namente sin salir de su pedestal.

—¡Ah! Ya están aquí,—dijo Leopoldo acer-  
cándose á la ventana.—Higadillos á caballo  
y el conde-duque en su *break*... Les dije que  
pasaran por aquí á recogerme. Vamos á ver  
el apartado... Allá voy, allá voy.

Desde su asiento vió Leon el coche dete-  
nido junto á la reja y el torero á caballo, un  
grosero moceton de piernas ceñidas y cintu-  
ra fajada, de cuerpo culebreante no falto de  
belleza escultórica, rematado por zafia cabe-  
za española de color de tabaco y el sombrero  
ancho. El caballo piafaba y el conde-duque  
contenia los de su *break*, fogosos animales  
mestizos de sangre bearnesa y andaluza.

Poco tardó Polito en subir al coche con  
*Lady Bull*, y la alegre comparsa se puso en  
marcha calle abajo, presidida por Higadillos  
y alegrada por los cascabeles del tiro á la ca-  
lesera. Leon miró con curiosidad aquel frag-  
mento pequeño pero expresivo de la icono-  
grafía contemporánea de España.

## XII

Gustavo.

Le miró, y una sonrisa afable, señal ine-  
quívoca de complacencia por la visita, ilu-  
minó su semblante triste. Después las mi-  
radas de uno y otro (pues se hallaban  
próximos á la ventana) se recrearon en la  
frescura aromática del jardín, sobre cuyo  
verdor pasaba el chorro de la manga de rie-  
go como un plumero de agua que limpia el  
polvo, ahuyentando los pájaros, deteniendo  
á las mariposillas, ahogando á los insectos,  
acariciando á las plantas. Hábilmente dirigi-  
da por el jardinero penetraba en la espesura  
de los setos de evónimus, y chocando en el  
follaje de los árboles, se desmenuzaba para  
formar polvaredas líquidas en las cuales ju-  
gaban fugaces arco-iris. El jardín era nuevo,  
de esos que se traen de casa del horticultor

como los muebles de casa del tapicero, formando un todo completo, y se plantan con método, con su selva en miniatura, sus praderas, sus verjeles, sus peñascos bordados por la hiedra, sus canastillos llenos de minutisa y de convolvuláceas. Cada conifera estaba en su sitio y habia esos corrillos simétricos en los cuales algunas filas de petunias aparentan estar de rodillas adorando la majestad de una *araucaria imbricata*, ó la altiva insolencia de un drago que todo es púas. Parecía que todo acababa de ser desembalado, cual si más bien fuese hechura de la industria que de la Naturaleza; pero era bonito, fresco, alegre y no se podía concebir cosa más apropiada para separar la calle, que es de todos, de la casa, que es de uno solo.

Después que contemplaron un rato el jardín, se sentaron á tomar café.

—Antes que se me olvide,—dijo Gustavo,—quiero reprenderte una virtud que por lo mal practicada es dañosa: me refiero á tus liberalidades, que indudablemente perjudican á tí que las haces y á mi hermano que las disfruta. Sé que otra vez has dado dinero á Polito y esto me disgusta, porque mi hermano es un vicioso de la peor casta que existe... Aquí en el seno de la confianza, pue-

do decir todo lo que siento y juzgar con rectitud á los individuos de mi familia. Si su conducta me produce vergüenza, prefiero que me abraze el rostro á que me quemé la sangre.

El que así hablaba era un jóven formal y un poco severo, parecido á sus hermanos y á su padre, pero ménos hermoso que María y muy distante de la estenuacion irrisoria de Leopoldo. Su rostro, quizás demasiado duro, indicaba un carácter entero y completo, rara cosa en tal familia, convicciones arraigadas y una digna estimacion de sí mismo. Era grave en el discurso, cortés en el trato, huyendo al parecer tanto de la arrogancia como de la llaneza, y manteniéndose en un medio de frialdad cultísima que algunos tenian por estudiada. Honrado y puntualísimo caballero en las relaciones comunes de la vida, era además de instruccion no escasa y brillante talento. Ni alto ni bajo, ni grueso, ni delgado, vestido de oscuro, con la mirada serena detrás de sus lentes, exento de vicios incluso el del fumar, parco en sus gastos, implacable con el desórden, Gustavo, hijo primogénito del marqués de Tellería, era segun el comun sentir, lo mejor de la casa, la honra de la clase en que naciera y una esperanza para la patria. Inútil es decir que era abo-

gado. Su hermano Leopoldo lo era también, como casi todos los jóvenes españoles; pero si éste no sabía ya qué forma tiene un libro, Gustavo estudiaba más cada día y aún defendía pleitos al amor del bufete de uno de los primeros jurisconsultos de Madrid. Había seguido la carrera genuinamente nacional y aventurera por excelencia, y saliendo de la Universidad sin ser nada hallábase en camino de serlo todo. Debe añadirse que era elocuentísimo orador.

—Á tí, querido Leon,—añadió,—puedo confesarte que tengo horas de amarga tristeza por la conducta de alguna persona de mi familia, de todas ellas, mejor dicho, exceptuando á ese ángel que es tu mujer y al otro ángel quizás más perfecto que vive léjos de nosotros. ¿No es horrible ver á mi hermano corroido por el vicio, encenagado en la frivolidad corruptora que envilece á algunos individuos, no diré de nuestra clase porque no es exclusiva de ella esta ignominia, sino de todas las clases? Empeñándose en hacer un papel superior á nuestros medios de fortuna, el ejemplo de otros le arrastra á una disipación absurda. Pero esos otros son ricos y mi hermano no. Yo me indigno al ver á Leopoldo guiando coches y montando caballos que cuestan más de lo que él puede tener en un

año... Además, su ignorancia me aflige y su holgazanería me desespera. ¡Oh! tienes razón en lo que me has dicho alguna vez. Tiene mucho fundamento tu observación de que así como la plebe tiene su aristocracia, la nobleza tiene su populacho... Pero en fin, no hablemos más de esto que me entristece. Queda demostrado que no debes alentar el libertinaje de Polito.

Leon dijo algo y Gustavo le contestó así:

—Sí, creo que mis padres tienen la culpa. Nuestra educación ha sido muy descuidada. Es tontería disimular que mi madre... gran trabajo me cuesta esta confesión... no ha sabido apartarse y apartarnos á tiempo del torbellino de la sociedad sedienta de goces; ha vivido más fuera de su casa que dentro. Hoy mismo... ¿por qué he de ocultarte lo que sabes tan bien como yo? hoy mismo, cuando nuestra fortuna ha mermado tanto y, según creo, lo poco que resta será bien pronto de los acreedores, ¿no es monstruoso que mi madre sostenga su casa en un pie de lujo que no nos corresponde?... ¡Infame vanidad!... Créeme, Leon, paso horas muy angustiosas. Cuando veo los dispendiosos saraos de mi casa, lo que en vanas apariencias se gasta, allí donde escasean tantas cosas, tantas... que son necesarias; cuando veo la escandalo-

sa variación de vestidos de mi madre, su asistencia casi diaria á los teatros, su afán de competir con quien tiene mucho más dinero que nosotros; cuando veo esto, Leon, siento impulsos de renunciar al porvenir que he soñado en mi patria, y correr á buscar un pedazo de pan en país extranjero.

Leon le interrumpió para hacer una observación, á lo que Gustavo contestó así:

—Yo de buena gana me iría, pero... qué quieres... no se puede abandonar el porvenir que ya está á medio conquistar; no se decide uno á abandonar el terreno ganado ya á fuerza de estudio. Además, por lo mismo que preveo grandes desastres en mi familia, creo que debo estar presente en el momento del naufragio... Conformémonos con esta vida odiosa y triste... Tú no conoces ciertas interioridades vergonzosas, Leon, tú no sabes lo que es vivir en una casa donde todo se debe, desde las alfombras hasta el pan de cada día, ni conoces los escalofríos producidos por la campanilla del terror, la campanilla de la casa, anunciando perpétuamente á los industriales afligidos ó furibundos que van á reclamar su dinero; ni tienes idea de las farsas que se ven obligadas á representar cada día personas cuyo nombre sólo parece debiera ser emblema de respeto y formalidad; ni co-

nocerás nunca esa agonía profunda en que se ven personas decantísimas por carecer en un momento crítico de cantidades que no quitarían el sueño á un jornalero.

“Tú que tienes fortuna y modestia, la cual es una segunda fortuna que beneficia á la primera, no conoces las ansias de este vivir en plena comedia entre el humo de la vanidad y sobre las áscuas de la escasez. Tranquilo y dichoso, sin otra pasión que la del estudio, libre de los aguijonazos de la ambición que quitan el sueño, y de los tropiezos y reveses que amargan la vida, parece el niño mimado de la Providencia; aquí, en esta casa, no sitiada por acreedores, ni asaltada por las visitas, en la dulce compañía de tu mujer querida, que es un ángel... ¡Pobre María!

Después de una pausa, durante la cual el sesudo joven parecía leer alguna cosa en la frente de su cuñado, dijo con acento de amargura:

—¡Y sin embargo, Leon, no has sabido hacerla feliz!

Palabras vivas, una observación seca y tonante como un disparo, y por último, una afirmación categórica, provocaron la siguiente respuesta.

—Tu primer deber es evitar el escándalo y

no dar al mundo el espectáculo de una union descompuesta y perturbada por la disension religiosa. Ya que tienes la desgracia de no creer, debiste ocultar á tu esposa esa llaga de la conciencia, debiste abstenerte de publicar ciertos escritos científicos. De todos modos es malo el ateismo; pero cuando carece de pudor, cuando no se disimula á sí mismo, es más repugnante. Toda deformidad debe ser velada, y las de la conciencia más, para no ofender á la moral pública... No esperes que sea indulgente contigo en esta cuestion; ya sabes mi carácter, ya sabes que no puedo ocultar lo que siento. Yo te estimo, reconozco tus buenas cualidades, tu bondad relativa, tu moralidad pasiva, pues no merecen otro nombre las perfecciones y méritos de los que viven fuera de la verdad revelada; confieso que eres mejor que algunos que se tienen por creyentes; que posees las virtudes frias y correctas de la filosofía pagana y que cumples ciertos preceptos por la razon sencilla de que es *cómodo ser bueno*, y porque el cumplimiento de los deberes externos siempre trae ventajas al individuo; sé que obedeces á tu helada moral filosófica como obedece el buen contribuyente y ciudadano los reglamentos de policia y de higiene; te declaro de los mejores en esta barraunda de hombres corrompidos; te tengo

aprecio y áun cariño; te admiro por tu talento, pero á pesar de todo, óyelo bien; si yo... si yo, Leon, (al decir esto se levantó alzando el brazo en actitud harto apostólica) hubiera tenido en mi mano la mano de María, no te la habria dado jamás, ¿lo entiendes? ¡no te la habria dado jamás!

Leon habló entónces con más calor y Gustavo le dijo:

—¡Oh! Yo detesto tambien la hipocresía. No admito más que dos caminos; ó ser católico ó no serlo. En nuestra fé sacratísima no caben distingos y acomodos. Yo soy católico, y como tal procedo en toda mi vida; yo no tengo el dogma en mi boca y el ateismo en mis actos; yo, despreciando los juicios de la frivolidad, oigo misa, confieso, comulgo, practico el ayuno. Me glorio de recibir los ultrajes de la canalla desvergonzada que aparenta dirigir la opinion, y á su cinismo opongo yo mi valor, y á su chismografía volteriana los principios santos y la autoridad de la Iglesia. Estas ideas, este rigor de mi vida llena de dignidad, yo los llevaré á la vida pública cuando entre en ella... porque entraré impulsado á ello por una secreta vocacion de soldado y de mártir, y por la mano de Dios que no quiere quedar sin defensa en esta arena sangrienta de las pasiones humanas. Si ha

habido hombres perversos que han desenjaulado á las fieras del descreimiento y del racionalismo, Dios arrojará sus domadores en medio de ellas. Al hombre que te manifiesta estas ideas con tanto teson, no le pidas indulgencia para las disensiones de tu casa, ni le exijas que participe del criterio acomodaticio, segun el cual, mi hermana y tú tendreis igual culpa de vuestra desgracia. No, mil veces no. Ella no tiene culpa ninguna, ¡tú la tienes toda, tú toda! La verdad no puede transigir con el error. Aquí, tú has de sucumbir y ella ha de permanecer siempre levantada y triunfante.

Á esto, Leon le hubiera contestado algo, pero deseando poner á un lado aquel desagradable tema, llevó el curso de la conversacion á otro que era de mucho gusto para el jóven. Este abandonó el tono apocalíptico para hablar así:

—Es verdad, los votos de tus arrendatarios de Cullera me han salvado. Ya tengo por seguro el triunfo... Aquí en confianza, yo he deseado mucho ir á las Córtes... comprendo que es mi camino, mi carrera. Cuando se tienen principios fijos y el inquebrantable propósito de sostenerlos á todo trance, la vida pública es honrosa. El tiempo en que vivimos convida á la lucha, ¿no es verdad?... por-

que cuando los caractéres han desaparecido anegados en una riada de corrupcion, ¿no es ventajoso y lucido mostrar carácter y que se diga: "ese es un hombre?" Cuando la lógica humana y la verdad ultrajada piden que haya azotes, ¿no es hermoso y brillante tomar el látigo? La civilizacion cristiana es como un hermoso bosque. La religion lo ha formado en siglos; la filosofia aspira destruirlo en dias. Es preciso cortarle las manos á esa brutal leñadora. La civilizacion cristiana no puede perecer en manos de unos cuantos ideólogos auxiliados por una gavilla de perdidos que por no tomarse el trabajo de tener conciencia han suprimido á Dios.

Enarboló la mano flexible y pesada, blandiéndola como la palmeta de un maestro de escuela, y en pié dispuesto á partir, dijo:

—Amigo, casi hermano, te profeso sincero cariño; pero en tocando al punto negro, cuidado, mucho cuidado. Si la llaga de tu casa se agrava, ponte en guardia... Me verás al lado de la victima, al lado de mi pobre hermana... Adios.

Se fué. Viéndole salir, Leon sintió que un secreto pavor llenaba su alma, dejándole por algun tiempo imposibilitado de pensar nada fijo.